

XX, sino también, aunque visiblemente transformado, el esteticismo del Fin- de- Siglo. Como éste, quiere hacer de la vida una obra de arte, pero de arte clásico. ¿Cómo, si no, podría haberse hablado de semejanzas entre *La Bien Plantada* y *Le Jardin de Bérénice* o entre la glosa «Santa María della Salute» y algún texto de D'Annunzio?

El catecismo novecentista tiene las siguientes respuestas:

- El esfuerzo por la unidad contra el gusto por la dispersión
- Roma contra Babel
- El Imperio, irguiéndose sobre la crisis de las naciones
- La política de misión contra la política de irresponsabilidad
- El arte de la belleza contra el arte de la expresión
- El dibujo contra la música
- Las figuras contra las corrientes
- La ley de la constancia contra las leyes de la evolución
- La autoridad contra la anarquía
- El sino del Padre contra el del Proletariado
- El del Labrador contra el del Rústico

Añádase a esta lista «el ideal de la Vida Sencilla» contra el «ideal del lujo» de la falsa civilización burguesa. Porque la más activa forma de refinamiento consiste en la conquista de la simplicidad. Anotemos, finalmente, la actitud genuinamente novecentista de información sobre lo extranjero y de esfuerzo por incorporar el espíritu nacional a la comunidad europea.

Personalidad – Vocación – Destino: Tomando el sentido etimológico por donde se enlazan persona y máscara, Eugenio d'Ors considera que la personalidad aparece cuando un valor genéricamente significativo se encuentra afectado al elemento individual. La «persona», en este sentido, es la individualidad que asume y agota una especie. Definición idéntica a la que la Teología da del Ángel, d'Ors muestra la equivalencia de estos dos términos y hace del ángel de cada ser humano, la clave de su personalidad.

En relación con la personalidad (no olvidemos que «personare» quiere decir «hacer resonar nuestra voz») está la *vocación*. Porque todos debemos hacer resonar nuestra persona, el ángel que llevamos dentro, pero sabiendo escuchar su llamada, su voz. La personalidad, el yo es «vocación» ¿Cómo debe entenderse esto? Significa que el hombre no se predetermina conscientemente a sí mismo. Alguien por él desconocido, alguien que habita en él y que, sin él saberlo, constituye su verdadero

ser, traza sobreconscientemente la trayectoria de su destino. Pero éste, el destino, la enigmática confluencia de la personalidad y la historia de la vida, no siempre es predeterminado por la *vocación*, por la voz del Ángel. Solamente al «hombre que puede llamarse verdaderamente hombre», al hombre predominantemente angélico, en términos dorsianos, le acontece así.

Política de misión: Filosóficamente, «la política de misión» se distingue —ya desde su raíz— de la democracia y de la dictadura. De la democracia, puesto que mientras ésta parte de un concepto optimista acerca del hombre y de sus disposiciones naturales e ingenuas, la «política de misión» parte de un concepto pesimista, en que el hombre es presentado como conteniendo en su naturaleza una disposición hacia el Mal. El tipo de un postulado conducente a la política de misión es el de la idea de Pecado Original, según la cual el hombre manifiesta en su conducta espontánea las consecuencias de una caída, únicamente redimible en los recursos de la Gracia y con el esfuerzo de la buena voluntad. Si las tendencias de la espontaneidad inducen al hombre al Mal, la obra de la Cultura aparece provista de una función soteriológica, de un carácter de salvación y debiendo ejercerse como una especie de combate continuado contra las fuerzas oscuras que arrastrarían al animal humano hacia el nivel inferior. En definitiva, la conversación y el acrecentamiento del valor del universo solamente los logra el espíritu, así como sólo el triunfo de la Cultura puede mantener en el hombre la civilización. Por eso, si el sistema político de la democracia obliga a las selecciones conscientes a recibir la inspiración del pueblo y a obedecerla (*vox populi, vox Dei*), otra política opuesta, la «de misión», presenta a las selecciones la tarea de *contradecir* perpetuamente la inspiración popular, cuya espontaneidad se dirige siempre al nivel más bajo.

Hemos visto la clara diferencia entre una «política de misión» y una política democrática. Veamos ahora las diferencias entre aquélla y una dictadura. En tanto que el dictador tiende a establecer su independencia de lo normal, manteniendo sus manos sueltas de toda norma, sobre todo de la norma jurídica, el «político de misión», conocedor del valor educativo de la norma y, recíprocamente, del riesgo de anarquía que hay siempre con lo que llamaríamos la *autoridad en libertad*, tiende a limitar en lo posible la irregularidad al origen de su propio poder, y hasta absolver retrospectivamente este origen no en el hecho, ni siquiera en la utilidad, sino en el derecho.

La política, en términos generales, viene a manejar, según los casos, dos grandes grupos de procedimientos. Unos, que se emplean para intervenir en la vida de los llamados pueblos civilizados; otros, en los llamados pueblos salvajes. A los primeros suele reservarse restringidamente el nombre de «Política»; a los segundos, tanto en los medios religiosos como en los coloniales, el término de «Misión». La «Política» maneja medios, por decirlo así, intelectualistas, correspondientes a lo que representa el aprendizaje óptico en la pedagogía individual ordinaria; la «Misión», en cambio, maneja medios más ampliamente vitales, más elementales, más groseros y autoritarios en sí —aunque nada empece a que el futuro de los mismos sea más elevado, más intenso y, en definitiva, más emancipador; medios en cierta manera comparables a lo que, en la pedagogía individual, representa el ejercicio del tacto.

Pero ¿qué acontecería si nos resolviésemos un buen día a aplicar estos últimos métodos a aquella zona que suele reservarse a los primeros, aun con la dura experiencia de que éstos, en muchos casos, fracasan? ¿Qué acontecería si, de pronto, diésemos a la «Política» un áspero, pero eficaz sentido de «Misión»? Al decir «Misión», d'Ors se refería a una civilización ideal más que a una civilización material. Se refería a conocimientos, artes y valores de orden análogo a aquellos que los misioneros predicaban y hasta imponen entre las poblaciones salvajes. Se refería a la cultura, en general; a la cultura del hacer, a la del conocer y a la del preferir. La «Política de Misión» es estática, lo que no quiere decir que prescindiera de la riqueza que dan las venas libres en la vida de la sociedad. Pero, puesto que ni Espíritu ni Cultura se valen de exclusiones, sino perpetuamente de jerarquía, el *quid* estará en lograr lo que Proudhon llamaba «la organización en libertad». Aquí la regla no excluye, al afirmarse, ninguna marginal posibilidad. Todo debía estar, en definitiva, jerárquicamente subordinado. Ahora bien, toda misión verdadera, según el concepto tradicional que asume d'Ors, debe ser «católica», «apostólica» y «romana». Y, por tanto, la «Política de misión», también. Estos tres conceptos son aplicables también a lo político. «Católica» quiere decir que debe darse para todos, con amplitud universal y sin fronteras. «Apostólica» significa que, dada a todos, no debe ser ejercida por todos, ni difusamente entre todos, sino escoger, valerse de órganos seleccionados, calificados, especiales. No tendrá, pues, carácter democrático, aunque su alcance llegue a lo popular. La misión ha de ser también romana: es decir, unipolar, reducible a lo uno. Ese concepto está directa y estrechamente ligado a la idea según la cual al Estado le toca, como órgano de la cultura, resolver tres problemas: el de la Educación,

el de la Selección y el de la Autoridad. La Ley de la Educación se cifra en que haya tarea para todos (Trabajo); la de la Selección, que se reúnan en compañía los mejores (Deber); la de la Autoridad, que el Jefe sea independiente, por modo supremo (Competencia). La «Política de misión» no es una política democrática, y por ello no sólo no tiene que seguir a la opinión pública, sino precederla y, si fuese necesario, fabricarla. Mas lo importante es que por el campo social corra «la sangre del servicio». Con otras palabras: cada hombre debe ser un servidor; cada servicio constituir una dignidad. Y cada dignidad, un deber. Y cada deber, una técnica. Y cada técnica, ser ganada por aprendizaje. Pues bien: en la «Política de misión» es noble quien se considera con más deberes que los demás, y autoridad la tiene el que es autor de algo (autoridad = autor), sobre lo que ha hecho y en la proporción que lo sigue haciendo (el Padre sobre el hijo o el Gobernante sobre el pueblo). Y así, con una transposición muy en su estilo, nuestro filósofo ha podido llegar a ver en el «político de cultura» un misionero laico que predica a las gentes la «buena nueva» de la epifanía de la cultura. Mas no debe limitarse a predicarla, sino que, llegado el caso, la impondrá coactivamente también. «La lucha por la Cultura es una lucha de imposición» o, lo que es casi igual, un «despotismo ilustrado», a la gran manera del siglo XVIII. Eugenio d'Ors es un convencido preconizador de la política de autoridad, pero teniendo en cuenta, como hemos visto, que «autoridad» corresponde a «autor».

En 1934, d'Ors publicó los *Principios de política de misión*, que en forma aforística enuncian las ideas esenciales de dicha política:

- 1) En la Naturaleza hay pecado. En la Nación, es decir en la versión política de la Naturaleza, hay pecado.
- 2) El Espíritu debe redimir la Naturaleza. La Cultura debe redimir la Nación.
- 3) El órgano de la Cultura para redimir a la Nación se llama Estado.
- 4) ¿Quién realiza el Estado? a) La Educación; b) La Selección; c) La Autoridad.
- 5) La condición óptima para la Educación es la libertad humanística. La condición óptima para la Selección es la jerarquía corporativa o hereditaria. La condición óptima para la Autoridad, la unidad de mando.
- 6) Cada hombre, un servidor. Cada servidor, una dignidad. Cada dignidad, un deber. Cada deber, una técnica. Cada técnica, un aprendizaje.